

## Domingo XIX del tiempo Ordinario

Tempestad y paz, pesadilla y serenidad, se enfrentan en los dos tensos cuadros de la liturgia de hoy.

Elías, el profeta cuya palabra ardía como una llama (Sir 48,1), perseguido por la reina Jezabel, llega hasta el monte Oreb, es decir a la fuente de la fe y de la historia de Israel.

En su itinerario va en búsqueda del verdadero rostro de Dios: Elías estaba acostumbrado a imaginarse a Dios según los clásicos esquemas tempestivos y sinaíticos, a verlo como potencia implacable y triunfante.

En la soledad de la montaña, Elías *“El profeta como el fuego”* busca a Dios en el viento impetuoso que golpea las montañas; en el fuego y en el terremoto, que son esquemas personales y tradicionales. De hecho, signos como los incendios, las tempestades, movimientos telúricos y erupciones volcánicas eran el marco popular dentro del cual se colocaba toda aparición divina: *“El señor hace oír su voz majestuosa en medio del fuego devorador, entre truenos, tempestades y furioso granizo”* nos dirá Isaías 30, 30. También el más antiguo de los salmos, que es el salmo 29, presenta como una coreografía la destellante explosión de una tempestad.

Sin embargo, este Dios pensado desde una propia imagen o según las esperanzas personales no se presenta de esta manera al encontrarse con el hombre; de hecho, Dios decide presentarse ante Elías en la tranquilidad y en la paz de una brisa nocturna. Y el profeta, cubriéndose su rostro, porque dice Éxodo 33, 20 que *“ningún hombre puede ver el rostro de Dios y quedar vivo”*, llega a entender que el Señor es simplicidad, intimidad, dulzura, paciencia, tierna presencia, espíritu y vida. Dios no comparte la actitud agresiva e impaciente del hombre, tal como hace Cristo que no acepta la indignación de los hijos de Zebedeo ante al rechazo de la gente de una aldea samaritana; ellos le dicen *“quieres que hagamos descender fuego del cielo, para que los consuma”* y Jesús se vuelve hacia ellos y les recrimina su actitud. (Lucas 9, 54-55).

El Dios de la Biblia en cambio es un educador paciente y no duda en definirse a sí mismo como Padre, madre, maestro, guía; él se aleja siempre del juicio porque *“él quiere la vida y no la muerte del pecador”* (Ez 18,23).

Dios no se salta las etapas si no que espera pacientemente la fatigosa gestación del hombre nuevo, invitando a sus fieles a compartir los mismos sentimientos de amor y de dulzura.

Viento impetuoso, fuerte tempestad y miedo envuelven también el Evangelio de hoy; sin embargo ante el viento fuerte y el hundimiento de Pedro en las aguas y en la muerte aparece la voz serena de Cristo como una especie de aparición pascual: *“ánimo, soy yo, no tengan miedo”* a partir de este momento el texto se convierte en el signo de un encuentro de Cristo con una iglesia en dificultad y con poca fe, representada en la figura de Pedro.

La mano de Cristo glorioso, Señor de cosmos y de la historia da seguridad e infunde esperanzas y gozo a una iglesia en crisis y en búsqueda que navega en el caos del mal y en mar de la duda. Aquella mano extendida hacia Pedro no representa solo la salvación para él, si no la salvación para todos; ya lo decía Orígenes *“Si un día nos encontramos como presas de inevitables e implacable tentaciones, recordémonos que Jesús nos ha obligado a embarcarnos y quiere que nosotros le presidamos hacia la otra orilla. Cuando en medio de la tempestad y los sufrimientos hayamos pasado tres cuartos de la oscura noche que reina en los momentos de tentación, luchando lo mejor posible y esforzándonos por evitar el naufragio de la fe estemos seguros que cuando lleguemos al último cuarto de la noche, cuando la tiniebla habrá ya avanzado y el día este cercano, junto a nosotros llegará el hijo de Dios para ofrecernos un mar tranquilo caminando sobre las olas, y entonces también nosotros caminaremos con el sobre las olas de la tentación del dolor y del mal”*.